

términos y expresiones en grafía griega y hebrea, aunque se hayan deslizado algunos errores con los acentos y los espíritus. Se dan algunas repeticiones innecesarias, como los textos mesiánicos del AT en el capítulo sobre la historia de Israel y el relativo al Mesías, pero no es la única ocasión. Se trata, sobre todo, de un testimonio personal de fe y de estudio, bastante accesible a un público no especializado, que busca un tipo de obras de carácter no académico. GABINO URÍBARRI, SJ.

GIL CANTO, SALVADOR, *Cristo en el Concilio Vaticano II. Una relectura a los cincuenta años*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2015, 603 pp., ISBN: 978-84-96488-73-1.

El texto que presentamos constituye la versión publicada de una tesis doctoral defendida en la Universidad Gregoriana (Roma), dirigida por el conocido teólogo español S. Pié-Ninot, quien escribe unas palabras de presentación (11-12). La estructura y el desarrollo de la obra es clara y fácil de seguir. Comienza con una «Introducción» (13-24), donde se aclara el motivo, el objeto y la metodología de la investigación. Se centra en el estudio del misterio de Cristo en las cuatro constituciones conciliares (16-17). Lo hará teniendo presente la historia de la redacción, cuando sea necesario. De hecho, apenas acude a la misma a lo largo de sus páginas. Maneja una hermenéutica de la continuidad, en línea con el famoso discurso de Benedicto XVI a la curia romana (23). Se centra en los textos finales, siguiendo lo que denomina una «hermenéutica teológica o canónica» (17-18). El método aplicado en todos los capítulos centrales es el mismo (20-21): consideración general de la presencia de Cristo en cada constitución, para seleccionar los capítulos y números relevantes; presentación analítica del contenido de estos capítulos y números sobre la base del texto latino final; recogida de los estudios y comentarios del texto de unos pocos autores seleccionados, ya fueran peritos conciliares que participaron en su redacción o comentaristas de muy primera hora; sistematización orgánica de los resultados.

La primera parte consta de dos capítulos, dedicados a *Lumen gentium* y *Sacrosanctum concilium*, respectivamente. Para LG, «Cristo en el misterio de la Iglesia» (27-150), se estudian los números 1, 2-4, 5, 6, 7 y 8 (cap. I); 9 y 10 (cap. II); 48 (cap. VII); 52-53 y 56-59 (cap. VIII). El peso se lo lleva indudablemente el primer capítulo de LG. Los comentaristas más citados son Philips, Smulders y Grillmeier. Sintetiza la cristología presente en LG en siete rasgos (115-138), lo cual da cuenta de su riqueza y variedad. Destaco el primer elemento: Cristo luz. Así se pone de relieve la impronta pastoral y misionera del concilio, como la realidad relacional de la Iglesia hacia Cristo. En su opinión, LG 8 sobresale como el núcleo central de la cristología presente en LG por la analogía entre la Iglesia y el Verbo encarnado (138-150), razón de fondo de un «cristocentrismo eclesiológico» y una «eclesiología cristológica» (148-150).

El capítulo segundo versa sobre «Cristo en la sagrada liturgia» (151-240). Aquí se estudian los números: 2 (proemio); 5, 6, 7, 8, 10 y 11 (cap. I); 83 (cap. IV); y 106 (cap. V). Evidentemente, se presta mayor atención al capítulo I. Los autores preferidos son Garrido, Roguet, Jungmann, Schmidt, Antonelli-Falsini. Sintetiza la cristología presente en SC en cinco aspectos, de los que sobresalen el misterio pascual y la presencia de Cristo en la liturgia (197-236). Entiende que el cogollo de la cristología de SC se recoge en SC 7, por afirmarse aquí de modo rotundo la presencia real de Cristo en la liturgia. Lo cual le da pie a describir la cristología de SC como una «cristología celebrada» (239-240).

La segunda parte aborda las dos constituciones restantes. El primer capítulo de la segunda parte está dedicado a *Gaudium et spes*: «Cristo y la Iglesia en el mundo actual» (243-348). Se detiene en los números: 1-3 (proemio); 10 (exposición preliminar); 13, 18, 21 y esp. 22 (cap. I); 32 (cap. II); 38 (cap. III); 40 y 45 (cap. IV). Dedicada una atención particular a GS 22, donde encontrará el núcleo de la cristología antropológica de GS (342-345). Entre los autores más seguidos se encuentran: Tettamanzi, Ratzinger, Ladaria, Moroux, Semmelroth, Auer, Congar. Se cita con frecuencia en nota la obra de Th. Gertler, pero no da la impresión de haberla trabajado. Resume la cristología de GS en ocho elementos (302-342). Concluye caracterizando la cristología de GS como performativa (345-348; cf. 477-479); es decir: con capacidad de transformar y configurar existencialmente a la persona.

En el capítulo cuarto estudia la *Dei Verbum*: «Cristo en la revelación divina» (349-465). Considera los números: 1 (proemio); 2, 3, 4, 5 (cap. I); 7 (cap. II); 15 y 16 (cap. IV); 17 (cap. V). De nuevo el peso recae sobre el proemio y, especialmente, el capítulo I, en particular los números 2 y 4. Tiene especialmente presente los comentarios de: de Lubac, Ratzinger, Latourelle, Léon Dufour, Grillmeier. Sintetiza esta cristología en seis aspectos (430-455), entre los que destaca el de mediador y plenitud de la revelación. En consecuencia, DV 2 enuncia lo decisivo de la cristología de DV (455-464).

En la tercera parte, un amplio capítulo quinto ofrece una «Síntesis cristológica y propuesta hermenéutica» (469-537). Aquí destaca que el Vaticano II ha sido un concilio cristológico y cristocéntrico (471). Como resumen del conjunto, afirma: «De este modo, la Iglesia, al reflexionar sobre sí misma (LG), centra toda su atención en Cristo mediador, culmen y plenitud de la revelación (DV), presente en la liturgia (SC) para la salvación del mundo y del hombre de hoy (GS)» (491; 520). Pone de relieve la contribución de Pablo VI al cristocentrismo conciliar (516-520). Esboza cinco propuestas de aplicación de los resultados obtenidos (530-7).

La conclusión (539-546) propiamente dicha consta de diez tesis que se explican y detallan, poniendo de relieve en qué sentido el Vaticano II ha sido un concilio cristológico. Le sigue un anexo breve (547-552), sobre la presencia de Cristo en los decretos *Christus Dominus*, *Unitatis redintegratio* y *Ad gentes*. La obra se cierra con: la lista de siglas y abreviaturas (553-6), la bibliografía (557-580), un índice de autores (581-7) y el índice general (589-603).

El libro está bien editado, con pocas erratas. No se puede dudar de la relevancia del tema, que hasta el momento no se había abordado con este formato. La claridad de la estructura y en el método facilita la lectura. Se echa de menos un punto más de atrevimiento, en un trabajo tan ponderado y comedido. Cuando el autor se atreve a formular intuiciones más personales, sobre todo en diálogo con la situación actual de la cristología y su evolución posterior al Vaticano II, el trabajo gana sin perder el rigor del estudio de las fuentes. Así, por ejemplo, al hablar de una cristología performativa de GS, sus características y posibilidades, la obra gana en interés, más allá de la recuperación de las intuiciones basilares del concilio. Lo mismo se podría haber esbozado para la cristología celebrada de SC y alguna otra intuición: cristología y escatología, cristología y soteriología, articulación de la encarnación y el misterio pascual, entronque trinitario de la cristología, cristología y pneumatología.

En particular destaco dos aspectos que el autor apunta, que podrían haber dado más juego en su exposición. En primer lugar la imagen de Cristo como luz, presente explícitamente en LG, DV y GS (487), sin duda un núcleo central de la cristología conciliar. Juan XXIII, en su radiomensaje del 11 de septiembre de 1962, un mes antes del concilio, remitió a la luz del cirio pascual, aspecto que sin duda nos habla de la liturgia (SC). Es la luz a la que la Iglesia ha de servir (LG), recibéndola primero ella misma (DV), para transmitirla luego a la humanidad (GS). Además, la imagen de Cristo luz no solo aúna la liturgia, la revelación, la Escritura (en particular Jn), la comprensión sistemática de la persona de Cristo (ej. san Agustín) y el ser eclesial (LG), sino que posee en sí misma una innegable fuerza pastoral (GS). La luz de Cristo resplandece por sí misma, ilumina amablemente, esclarece las situaciones antropológicas, consuela y atrae a quienes buscan la luz de la verdad y ansían el fulgor del bien.

Además, aunque el autor no lo formula con la nitidez que habría sido posible, va poniendo de manifiesto cómo a la labor teológica del concilio subyace una lógica sacramental muy persistente, que emerge en momentos de gran calado, en textos muy centrales. No solamente la consideración de la Iglesia como sacramento, aspecto bien conocido (LG 1, 9, 15, etc.) y estudiado por su director de tesis, sino también la sacramentalidad del episcopado (LG 21) y, sobre todo, de la misma revelación (DV 2 y 4 esp.), en concomitancia con una comprensión sacramental de la encarnación (ej. SC 5; LG 8), de la que se deriva un marchamo sacramental inevitable para la misma cristología. Tal abundancia de la lógica sacramental pide una explicación, más allá de la inclinación por la misma por parte de algunos de sus peritos más notables (ej.: K. Rahner, O. Semmelroth, E. Schillebeeckx). ¿Que el concilio comenzara por la liturgia, marcada ella misma por una suerte de estructura sacramental (SC 2), puede haber marcado una impronta más profunda de lo que una mirada superficial puede prever, situando todo en la vida cristiana, incluso la misión eclesial (GS 45), en un horizonte sacramental? Así, la sacramentalidad de la Escritura, sostenida por *Verbum Domini* 56, continúa en fidelidad creativa la estela abierta por DV.

Sirvan estas palabras finales de sincera felicitación al autor, por haber desenterrado veneros cristológicos profundos del gran concilio del siglo XX sobre la Iglesia, así como sus posibilidades de articulación sistemática. Termino animando al autor a continuar su reflexión y recepción del concilio con propuestas personales que enriquezcan nuestro panorama teológico, avanzando con valentía sobre sus propias intuiciones al hilo de las más prometedoras propuestas de los insignes padres conciliares y sus peritos. GABINO URÍBARRI, SJ.

DE LA TORRE, JAVIER, *Pensar y sentir la muerte*, San Pablo, Madrid 2012, 407 pp., ISBN: 978-84-8468-383-4.

Este libro es algo muy personal y en este sentido tiene mucho de andadura y acompañamiento al autor en sus reflexiones y pensamientos sobre la muerte antes, como él mismo dice, que esté demasiado cerca. Estas páginas son algo contracultural pues intentan introducir en nuestra reflexión un tema que tendemos de manera innata a rechazar. Pero como señala E. Kübler-Ross sólo así, pensando en la muerte, nos convertimos en maestros de la vida.

El libro es un auténtico regalo por la selección realizada en el primer capítulo de filósofos, literatos, poetas, santos y místicos sobre el tema de la muerte. Cada autor es acompañado de unas breves notas que lo enmarcan y centran su aportación en esta larga meditación de la humanidad sobre la muerte.

Muy sugerente es el segundo capítulo en el que desarrolla una aproximación simbólica al hecho inexcusable de la muerte para pensarla desde una perspectiva más amplia que la estrictamente racional. Es sugerente ese decantado de símbolos originarios sobre la muerte que están en todas las culturas y tradiciones religiosas así como esa relectura de los símbolos cristianos para acercarse a la muerte.

El capítulo tercero señala el desafío real de los cambios en el morir. Hoy morimos de forma muy diferente a hace cuarenta años y nuestras sociedades y culturas tienen otro modo muy distinto de relacionarse con la muerte. El capítulo cuarto es un capítulo muy propositivo en cuanto trata las tareas para ayudar al bien morir. Son páginas deliciosas que se leen muy bien y tocan lo más hondo de la experiencia del que se acerca lentamente al final. Los verbos elegidos son muy afortunados: narrar, soldar, saldar, despedir, cultivar la confianza.

El capítulo quinto analiza los criterios morales para ayudar a morir bien. Es el más estrictamente bioético y en el que el autor por su especialidad se mueve con enorme soltura y originalidad al tratar temas tan olvidados como la soledad, los límites, el desprendimiento y lo imprevisible de la vida. Desde una ética del cuidado aborda el tema quinto del acompañamiento al bien morir centrándose en la mirada, los oídos, las manos, la comunidad, la presencia. Termina el libro con una sugerente propuesta desde la tradición ignaciana donde el morir es vivido con responsabilidad y entrega.